AL LECTOR

Prologado como está este libro, en su edición original, por firma tan autorizada como la de Sidney Lee (1), *ocioso me parece decir algo de mi cosecha, en abono del mismo. Me limitaré, pues, a exponer el móvil que me ha impulsado a ponerlo en lengua castellana, el cual no es otro que el deseo de aportar una piedra más al monumento de verdadera cultura que constituye la* BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.

Efectivamente, obra de cultura es dar a conocer los escritos del gran dramaturgo inglés que, quizá mejor que otro alguno, cumplió el precepto del didacta latino, de mezclar lo útil con lo agradable (lectorem delectando pariterque monendo). *La actual sociedad es víctima de un mal entendido positivismo: se resiente de falta de ideales nobles y levantados. Es, pues, menester darle un pasto espiritual, sano y vigoroso que, al fortificar el alma, la eleve a las regiones superiores.*

Este, a mi ver, se halla en la literatura Shakespeariana. En sus dramas, al subordinar generalmente la intriga a la pintura de los caracteres, ofrece el trágico inglés figuras de primer orden, verdaderos modelos de virtudes sociales. La mujer especialmente, está allí representada en personajes de factura inmortal: Porcia es una mujer que reúne a las más relevantes cualidades de inteligencia y sentimiento, un dominio de sí misma tal, que no la hace desmerecer

---

(1) *Sidney Lee es un gran publicista y crítico inglés, contemporáneo. Además del* Diccionario de Biografía Nacional *que dirige desde los primeros tomos, ha escrito varias obras, entre las que merecen citarse:* A life of W. Shakespeare (1898); Shakespeare first Folio Facsimile, with Introduction and Census of extant copies (1902); Great Englishmen of the 16th Century (1904); Shakespeare Poems and Pericles (1905); Shakespeare and the modern Stage (1906). *Desde el año de* 1903 *es Presidente del* Executive Shakespeare's Birthplace Trust *de Stratford-on-Avon.*

de su modestia, ni de su encanto y ternura; Imógenes es la encarnación del amor y de la fidelidad conyugal; Hermia, un ejemplo de magnanimidad y fortaleza de la mujer injustamente calumniada; Isabel, un dechado de castidad heroica que triunfa de los mayores riesgos; Julieta, el prototipo del amor juvenil; Miranda, la pura hija de la naturaleza, representa la belleza, la candidez, la gracia, el encanto, no contaminados con el torpe hálito de una sociedad infecta y viciada. Y en lo que concierne a la pintura de caracteres odiosos ¡cuán a maravilla ejerce Shakespeare de moralista, ya valiéndose del ridículo, como al hacer la grotesca caricatura del infatuado Malvolio, ya poniendo en la picota al sanguinario Shyllock, ya descubriendo las arteras maquinaciones del pérfido amigo, en la persona de Proteo!

No creo equivocarme al decir que uno de los objetivos, si no el principal, que ha tenido la ilustre escritora Mary Macleod al publicar la presente obra, ha sido la de cooperar a la obra moralizadora de Shakespeare. Al decir esto, me fundo en el tino y acierto con que ha escogido no sólo las piezas de Shakespeare, sino también los pasajes de ellas, más adecuados al fin y propósito a que aludo. Lo que no se puede negar, es que el libro rebosa este benéfico espíritu, al paso que revela un profundo conocimiento no sólo de la literatura, sino también de la personalidad artística de aquel genio, de quien dijo Edmundo Gosse (1): «*En Shakespeare se halla todo cuanto envuelve la vida; en él se ve personificada la más grande de las facultades del hombre; la de transfigurar sus propias aventuras, sus instintos, sus aspiraciones, a la brillante claridad de la memoria; la de dar a lo que nunca existió, una realidad y una duración mayor que la que los mismos dioses pudieron dar a su morada.*»

E. MASSAGUER

(1) From Shakespeare to Pope (1885).

INTRODUCCIÓN



Mucho y muy vivamente han discutido los críticos literarios de todos los tiempos sobre si la excelencia del drama estriba principalmente en la acción ó en los personajes ó caracteres. ¿Cuál es la misión del drama—preguntan,—despertar en el público el interés hacia las situaciones ó circunstancias que labran la felicidad o la desdicha de los personajes, o hacia el temperamento individual de los mismos? ¿Qué hay que tener más en cuenta, el laberinto de las intrigas, o la lucha de las pasiones e intereses que tiene su campo en lo más íntimo de la conciencia y corazón de los personajes? Ante una cuestión tan difícil, la crítica hurta el cuerpo, y después de envolverla en un fárrago de sútiles disquisiciones, acaba por no pronunciarse clara y decisivamente por ninguno de los dos extremos. La oscilante luz de la dialéctica acostumbra envolver en densa niebla alguna de las fases más salientes del problema, y éste permanece insoluble. Al que fríamente reflexionare el asunto, le parecerá muy obvio que ambas cosas, acción y personajes sean los elementos constitutivos del drama y que la fuerza de la primera dependa de la fuerza de los segundos. En los mejores

dramas de Shakespeare, el interés que despiertan las situaciones y el que despiertan los personajes están tan perfectamente equilibrados, que muy lince habrá de ser quien vea alguna diferencia capaz de indicar que tiene lo uno preferencia sobre lo otro. Así, por ejemplo, las circunstancias exteriores que labraron la suerte de Hámlet, Mácbeth, Léar y Otelo, arrebatan la atención del espectador, o del lector, en no menor grado que los temperamentos individuales de esos grandes personajes dramáticos o las luchas internas de sus inteligencias y corazones. Y téngase en cuenta que una de las cosas que mejores triunfos han proporcionado a Shakespeare, es precisamente esta harmónica colaboración de la acción y los caracteres.

Quien con detenido estudio profundice los grandes dramas de Shakespeare, sentiráse indudablemente más atraído hacia los caracteres que hacia las situaciones: tal es la característica de las obras del gran trágico. Pero no es posible formarse un cabal concepto de la certera y exacta penetración que revela la pintura de los caracteres de Shakespeare sin familiarizarse y compenetrarse de la intriga o acción dramática que es el verdadero *substrátum* de los caracteres y fisonomía de los personajes. De donde se sigue que el que a fondo y a su debido tiempo quiera comprender todo el valor de la obra dramática de Shakespeare, no ha de prestar menor atención a la fábula o trama de las piezas del gran trágico, que a los caracteres aislados de los episodios.

La inteligencia juvenil que en la primavera de la vida comprendió la materia y la forma de la trama, más tarde en la edad adulta, desarrollada con los años y los conocimientos ulteriores, estará mejor dispuesta que nunca para apreciar las excelencias y la sutileza de los caracteres y el modo de ser de los personajes. La gigantesca figura de Shakespeare no se revela en todo el esplendor de su múltiple gloria sino al entendimiento maduro, y después de haber prestado igual y plena atención tanto a la trama como a los caracteres, en las obras que legó a la posteridad.

Tal fué el criterio del cual partieron Charles Lamb y su hermana Mary al redactar sus *Cuentos de Shakespeare para uso de los jóvenes*, que vieron la luz en 1807. Ambos escritores ex-

pusieron, en su mayor parte con gran sencillez de estilo, las fábulas (1) de veinte de las piezas de Shakespeare, o sea catorce comedias y seis tragedias, no incluyendo en su libro drama alguno histórico, ya fuese de argumento inglés, ya italiano, no dando tampoco acogida ni a las comedias *Penas de amor perdidas* y *Las alegres comadres de Windsor*, ni á las tragedias *Troilo y Crésida* y *Tito Andrónico*. Aunque en la portada del libro figura sólo el nombre de Charles Lamb, éste no compuso más que seis de las narraciones, o sea las seis tragedias: el resto débese a la pluma de Mary.

El talento literario de Mary Lamb es inferior al de su hermano, y aunque su gusto no discrepa del de aquél y tiene algo de su sagacidad y sutileza de ingenio, carece absolutamente de la exhuberancia de fantasía, de la flexibilidad de estilo, del sereno discernimiento y de la erudición de Charles. Sin embargo, la exposición de los argumentos de las comedias, hecha por Mary, tiene el encanto de una sencilla y cándida realidad, no tan verdadera, empero, que sometida a un examen crítico, pueda satisfacer a los bien informados: a menudo narra el discurso de la fábula con tal palidez e imperfección, que con dificultad descubre la fisonomía shakespeariana: otras veces, en el desarrollo de la trama, omite detalles de tan capital importancia, que sin su noticia es imposible entender completamente el tema que Shakespeare se propuso desarrollar. Citaré como ejemplos de lo que digo, la omisión del incidente de los cofrecillos, el cual está por entero excluído del argumento de *El Mercader de Venecia;* en el *Sueño de una noche de estío* nada se dice de Bottom y de sus comparsas; Titania se enamora de un «patán que se había perdido por el bosque,» al que halla dormido y cuyo nombre no se cita. En el arreglo de *Como gustéis*, Mary Lamb hace caso omiso del misántropo Jacques, del sutil y chistoso Piedra-de-toque y del rústico Audrey. El pedante y ridículo Malvolio con su trágico-cómica decepción, no se menciona en la versión de la *Noche de Reyes*. Además en varios pasajes de las comedias, aun en las tragedias que refun-

(1) Tomo esta palabra en el sentido de argumento, siguiendo la denominación de Aristóteles en su *Poética*.—*(N. del T.)*.

dió Carlos Lamb, el texto de Shakespeare está mal interpretado; por lo cual las narraciones de los hermanos Lamb, aunque fascinadoras a veces, no ofrecen al joven e inexperto lector sino un conocimiento fragmentario e incompleto del fin que el gran trágico inglés se propuso al desarrollar los argumentos de sus piezas inmortales. Necesario era, pues, suministrar a los jóvenes lectores un completo y más escrupuloso acopio de los mismos, y este vacío ha venido á llenar el presente libro.

Al estudiar los argumentos, en los que Shakespeare basó sus piezas dramáticas, hay que partir siempre del principio, que el gran trágico no posee un absoluto derecho de paternidad sobre algunos de ellos, excepto por lo que se refiere a la comedia *Penas de amor perdidas;* pues conforme á la costumbre de todos los dramaturgos de la época, solía tomar las líneas principales de sus argumentos, de las leyendas ó de los cronicones.

Ahora bien, la leyenda romántica para la moderna Europa es de importación genuinamente italiana. Bocaccio en el siglo XIV y los imitadores de aquel, Bandello de Milán, Giraldi Cinthio de Ferrara y otros del siglo XVI, habían legado a las generaciones anteriores a Shakespeare, no sólo en Italia, sino también en el Occidente de Europa, un gran caudal de prosa recreativa: las novelas italianas fueron, en su mayor parte, traducidas al inglés y al francés en la segunda mitad del siglo XVI, y en estas traducciones fué donde bebió Shakespeare el caudal de inspiración de todas sus comedias, excepto *Penas de amor perdidas*, y de muchas de sus tragedias. Sábese que tuvo muy a menudo en las manos el libro *Histoires Tragiques* de Belleforest, colección de traducciones francesas de los cuentos del italiano Bandello, y las leyendas de este autor fueron los verderos aborígenes de *Romeo y Julieta*, de *Mucho ruido para nada* y de *La Noche de Reyes*, mientras que *Bueno es lo que bien acaba* y *Cimbelino* debieron su origen a los escritos de Bocaccio. En cuanto a los argumentos de *Otelo* y *Medida por Medida*, fueron desarrollados siguiendo las huellas de Giraldi Cinthio.

Sin embargo, aunque Shakespeare pidió prestado al teso-

ro de vívida é ingenua ficción de la meridional Italia, su deuda fué mayor en apariencia de lo que era en realidad, pues no se limitó a copiar servilmente la leyenda, sino que la modificó y adaptó con los recursos de su gran sentido dramático y artístico, de tal manera que las producciones del dramaturgo inglés presentan las respectivas fábulas en forma tal, que tienen muy poca relación con los mitos originales. A las veces entreteje dos leyendas, completamente distintas la una de la otra, con tal maestría y habilidad que, cambiando el aspecto de ambas, les da nueva e inesperada consistencia ensamblándolas a maravilla. Con tan feliz resultado supo combinar en *El Mercader de Venecia* la leyenda de los cofrecillos con la del contrato de Shyllock y Antonio. La pasmosa facilidad con que se asimilaba cuanto leía, corría parejas con la potencia de su genio para dar forma artística a cuanto pasaba por sus ojos o llegaba a sus oídos. En una palabra; del venero copioso de los libros de leyendas salió el material en bruto que él con la magia de su genio pulió y transformó en purísimo oro.

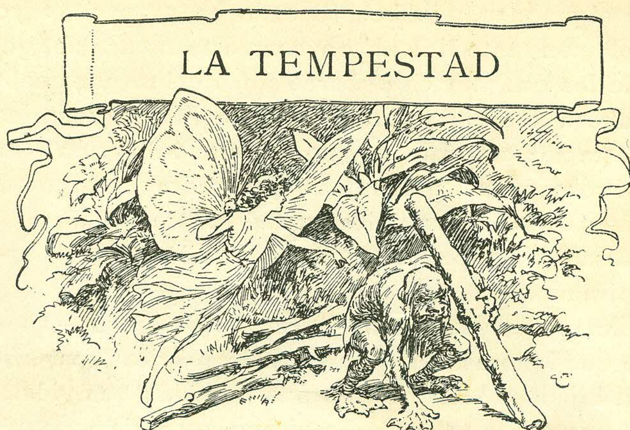
No se pierda empero de vista que a los lectores que por primera vez saboreen a Shakespeare, no interesa saber en qué fuentes bebió el gran trágico su inspiración y cómo infundió en sus producciones el ardiente espíritu de vida que las anima: lo esencial es que hallen deleite artístico en los argumentos tal como vienen desarrollados en las piezas dramáticas; y ningún libro tan propio como éste para proporcionarles este artístico deleite.

Cúmpleme ahora manifestar mi deseo de que el conocimiento que, leyendo este libro, adquirirán los noveles lectores de Shakespeare, sea para ellos un acicate para emprender más tarde serios estudios en el texto vivo de las obras del gran dramaturgo. Paréceme, pues, muy oportuno repetir lo que escribió Charles Lamb al dar a luz la obra *Cuentos de Shakespeare* redactada por él en colaboración con su hermana: «Nunca se ponderará lo bastante a los jóvenes de ambos sexos que el estudio de las producciones de Shakespeare es más propio que ningún otro de los literarios para enriquecer el tesoro de su imaginación, robustecer sus espíritus en la virtud y desterrar de ellos los sentimientos rastreros y egoístas: no hallarán en

la vida maestro que mejor les enseñe la práctica de las acciones nobles y generosas, ni mejor, ni más variada colección de preclaros ejemplos de cortesía, benevolencia, generosidad y altruísmo; pues las paginas de Shakespeare son un tejido de narraciones y una exposición de caracteres que nos incitan a ir tras lo bueno y lo verdadero y a huir de lo falso y pernicioso.

SIDNEY LEE





LA ISLA DEL MAGO

Érase una isla perdida allá a lo lejos en la inmensidad del Océano y tan solitaria que no vivían en ella más que cuatro seres: un hombre de edad avanzada, de noble porte y maneras distinguidas, llamado Próspero; su hija Miranda y dos criados, uno de ellos el retozón silfo Ariel y el otro el feroz monstruo Calíbano. Próspero, además de la ciencia humana, poseía otra más elevada, pues conocía el arte de la magia, pudiendo, con sus sortilegios dominar no sólo a los espíritus de la luz y de las tinieblas, sino también las fuerzas de la naturaleza.

Ningún navegante abordaba a aquellas inhospitalarias playas, y desde que a ellas fuera llevada Miranda, no había visto otro semblante humano que el de su padre. Deslizáronse apaciblemente los días y los años, y Miranda hízose una hermosa mujer, cuando un día desencadenóse una furiosa tempestad en la isla, con grandes rayos y truenos. En lo más recio de la tormenta vióse, en lontananza, una majestuosa nave luchando contra el furor de las olas y en inminente peligro de zozobrar, por lo cual Miranda fué corriendo a decir a su padre que, si había puesto en juego los recursos de la magia para levantar aquella tormenta, la apaciguase cuanto antes.

—Está tranquila, hija mía,—dijo Próspero;—no correrán

peligro alguno: todo lo he ordenado en provecho tuyo y he trabajado con tanto tino al provocar este naufragio, que ninguno de los que van en el barco sufrirá el menor quebranto. Hasta ahora hemos llevado una vida monótona y sin incidentes en este apartado islote, y no sabes aún ni quién eres tú ni si este Próspero con quien hablas, tu padre, es algo más que el dueño de una mísera y destartalada choza.

—Cosa es ésta que nunca me he parado a averiguar—contestó Miranda.

—Tiempo es ya, hija mía—repuso Próspero,—que sepas todo lo que ignoras.—Y quitándose la mágica capa, hizo sentar a su hija a su lado y le contó la historia de su vida.

—No creo que tu memoria alcance a los tiempos que precedieron a nuestra venida a estas playas: eras muy niña y no puedes acordarte de ello.

—Sí que me parece recordarlo—replicó Miranda;—aunque, habiendo transcurrido tanto tiempo, parece más bien que recuerdo un vago sueño. ¿No es verdad que tenía yo entonces cuatro ó cinco mujeres á mi servicio?

—Sí, y aun en mayor número—contestó Próspero;—porque has de saber que, doce años atrás, tu padre que te está hablando, era duque de Milán y todo un poderoso príncipe.

—¡Cielos!—exclama Miranda:—y ¿qué perfidia nos trajo al estado en que nos hallamos? ¿o fué acaso favorable designio de la Providencia el sacarnos de allí?

—Ambas cosas, hija mía. Perfidia fué el echarnos de Milán, pero obra providencial el ser lanzados á esta isla. Era entonces Milán el Estado más importante de Italia, y la fama de sus riquezas y esplendor estaba extendida por todo el mundo. Tenía yo tal pasión por el arte y tan grande afición a la ciencia, que me pasaba el tiempo estudiando. Del gobierno y administración del Estado cuidaba mi hermano Antonio, á quien yo amaba sobre todo lo de este mundo y a quien me entregué en cuerpo y alma; pero ¡ay! en mala hora deposité en él mi confianza: ensoberbecióse y pronto llegó a tenerse por verdadero Duque de Milán. Trabó relación con un mi antiguo enemigo, Alfonso, rey de Nápoles, y por medio del soborno obtuvo su valimiento en contra mía: alistaron un ejército de trai-

dores y, a media noche en la fecha convenida, abrió Antonio las puertas de Milán al rey de Nápoles. En medio de la obscuridad de la noche, se apoderaron de nosotros, arrojándonos precipitadamente. Era tal el amor que me tenía el pueblo, que aquellos villanos no se atrevieron a matarnos, pero nos metieron en un carcomido barco, sin vela, sin mástil y desprovisto de todo equipo. A la buena voluntad del noble napolitano Gonzalo debimos que pusieran en el barco algunas ricas telas, provisiones de boca, lo indispensablemente necesario para no perecer de miseria, además de algunos libros de valor que yo tenía en mi biblioteca y los que estimaba más que el mismo ducado. En brazos de las olas fuimos traídos a esta isla y en ella hemos vivido hasta ahora: yo he procurado instruirte con tal asiduidad, que me enorgullezco al pensar que sabes más que muchas de las princesas que han tenido doctos preceptores y toda clase de facilidades para su educación.

—¡Dios te lo premie abundantemente, querido padre!—dijo Miranda.—Ahora, dime, te suplico, ¿cuál ha sido tu intento al provocar esta tempestad?

Respondióle Próspero que en virtud de sus conocimientos de magia había sabido que, por una casualidad, andaban sus enemigos navegando cerca de la isla, y que si no procuraba con sus artes aprovechar aquel momento favorable, peligraba para siempre su fortuna.

—Y no me preguntes ya más, Miranda,—añadió:—veo que estás cansada; reposa un poco y duerme.

Tan pronto como estuvo dormida Miranda, llamó Próspero al gracioso y retozón trasgo Ariel preguntándole cómo había c mplido el encargo que le confiara.

—Al pie de la letra, señor—respondió el silfo. Y refirió a su amo cómo había estado danzando en forma de errante llama por encima del barco azotado por la tormenta hasta que todo él pareció estar ardiendo y todos los que en él iban, excepto los tripulantes, se hubieron arrojado al mar.

—Pero, dime, Ariel, ¿se salvaron?

—Ni uno solo pereció; sanos y salvos están. Yo me encargué, según vuestras órdenes, de esparcirlos en grupos por la isla. En cuanto a Fernando, el hijo del rey de Nápoles, yo

tomé tierra en su compañía, y ahora se halla, triste y abandonado de todos, en un rincón de la isla.

—¿Y el barco del rey?—preguntóle Próspero.

—A salvo en el puerto y al abrigo de una profunda cala: los marinos cansados de bregar con la tormenta, duermen en brazos del sueño que yo con un sortilegio les infundí. Las demás unidades de la escuadra, que yo dispersé, han logrado ya reunirse y están navegando en el Mediterráneo. El pasaje regresa a Nápoles triste y apesadumbrado creyendo que el barco real naufragó y que toda su tripulación pereció en el mar.

Muy satisfecho quedó Próspero de lo bien que había cumplido Ariel su cometido; pero díjole que había aún mucho más que hacer. Prometióle que si todo iba bien, quedaría dentro de dos días libre del servicio y que de allí en adelante sería dueño de su vida y acciones. Suplicó a Ariel que tomase una nueva forma (la de ninfa del mar) invisible a todos menos a su amo. Obedeció, pues, Ariel y en esta forma acercóse al joven príncipe de Nápoles y empezó un suave y dulce canto, diciendo:

Tu padre allí reposa, en lo profundo
de las tranquilas aguas;
sus huesos en coral se han transformado
al beso de ola amarga.
En perlas convirtiéronse sus ojos,
que el mar, todo lo cambia,
bien en joya de mágicos destellos
o en una flor fantástica.

Atraído por estos dulces acentos, cuya procedencia ignoraba, Fernando siguió a Ariel sin verle, hasta llegar a la presencia de Próspero y Miranda.

Hay que tener en cuenta que Miranda, fuera de su propio padre, no había en su vida visto a hombre alguno, por lo cual, de buenas a primeras ni siquiera sabía lo que era Fernando. Así, pues, preguntó:

—Padre, ¿es esto acaso un espíritu?

—No, hija mía, no; es un hombre de carne y hueso con sus cincos sentidos, como yo mismo: este apuesto mancebo es uno de los que escaparon del naufragio, y si no fuese porque la hermosura y la gracia de su semblante están algo marchitos

a causa de los sufrimientos, quedarías absorta contemplando su belleza. El infeliz perdió a sus compañeros y va de acá para allá buscándolos.

—¡Verdaderamente su aspecto es divino—repuso Miranda entusiasmada,—yo no había visto jamás cosa tan encantadora!

Fernando, a su vez, estaba encantado al contemplar a Miranda y aseguró, desde luego, que si aquella joven no tenía otro amor, él la haría reina de Nápoles.

Muy contento estaba Próspero al ver el curso que seguían los acontecimientos, pues nada le gustaba tanto como el amor de la juventud; pero temiendo que una presa hecha tan a poca costa, con la misma facilidad se le escapase de las manos, él mismo puso algunas dificultades a fin de cimentar más y más el éxito de su empresa. Fingió creer que Fernando no era realmente el hijo del rey, sino más bien un espía y que como a tal le iba a cargar de cadenas y que no le daría a comer sino manjares groseros y desabridos. En vano se interpuso Miranda, rogando a su padre que no quisiese tratar al joven príncipe con tal dureza: Próspero púsole silencio y mandó ásperamente a Fernando que le siguiese.

Indignóse naturalmente el príncipe en vista de tan injusto trato y, en un arrebato de cólera, tiró súbitamente de la espada desafiando a Próspero. Echóle éste un sortilegio y el joven quedó yerto y sin vigor en sus miembros, como herido por un rayo.

—¿Qué es esto, traidor?—increpóle duramente Próspero: —envaina de nuevo tu espada.

Comprendió entonces Fernando que le asistía un poder superior y que era inútil toda resistencia; túvose, empero, por dichoso al considerar que las amarguras de su cautiverio se endulzarían con la felicidad de poseer a aquella joven que tanto había abogado por él: depuso, pues, su actitud y obedeció a la orden que le dió el mago de seguirle.

LOS NÁUFRAGOS

Entretanto, en el lado de allá de la isla, andaban errantes los pasajeros que a nado escaparon del naufragio.

Allí se hallaban Alonso, rey de Nápoles y su hermano Se-

bastián; Antonio el usurpador del ducado de Milán; Gonzalo, el prudente y anciano consejero del rey de Nápoles, con Adrián y Francisco, dos de sus caballeros.

Rendidos por la fatiga cayeron todos, excepto Sebastián y Antonio, en un profundo sueño. Antonio, no contento con haber arrojado a su propio hermano del ducado de Milán, incitaba ya a Sebastián a hacer traición al hermano del rey de Nápoles: decíale que Fernando el hijo de éste, había de seguro perecido en la tormenta, que su única hermana Claribel estaba casada allá en tierras de Africa:—en realidad de verdad, de aquella boda regresaban al sorprenderlos la tormenta en aquella isla:—no había, pues, heredero directo del trono de Nápoles. Antonio aconsejaba á Sebastián que usurpase el reino como él había hecho con el de Milán. Insinuábale cuán fácil cosa fuera dar muerte al rey Alonso, en aquella ocasión en que estaba durmiendo, y de hecho ofrecíase a ejecutar él mismo la hazaña, indicándole que Sebastián a la misma hora podría acabar con el fiel consejero Gonzalo. Los otros caballeros no opondrían resistencia, sino que antes, al contrario, obedecerían á cuanto se les propusiese.

Sebastián hubiera caído facilísimamente en el lazo y coadyuvado á tan inicuo plan, a no haber sido por Ariel, quien en forma invisible se acercó á ellos en el preciso momento en que los traidores desenvainaban sus espadas para dar muerte a Alonso y Gonzalo y despertó al segundo cantándole al oído unas palabras qua le advirtieron del peligro que corrían.

—¡Salven al rey los buenos ángeles!—exclama Gonzalo, y a este grito despierta Alonso.

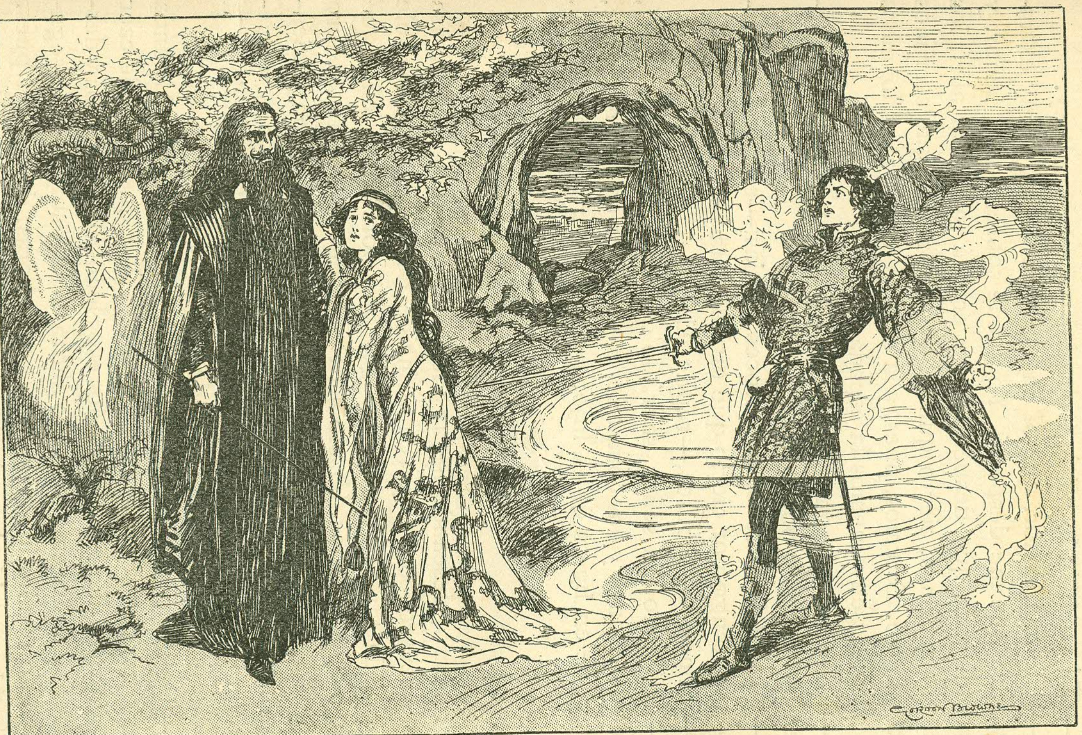
—¡Ea, ea, despertad!—grita el rey.—¿Cómo es que tenéis vuestras espadas desnudas? ¿Por qué miráis tan azorados?

—¿Qué pasa?—añade Gonzalo, medio dormido aún.

—Nada—responde Sebastián, mintiendo con gran serenidad;—estábamos tan tranquilos, velando vuestro sueño, cuando se oyó de repente un sordo rumor como de mugidos de bueyes, ó mejor, rugido de leones. ¿Acaso no fué esto lo que os despertó? A mí me hirió terriblemente los oídos.

—No he oído nada,—responde el rey.

—Y a fe, que fué un ruido espantoso, capaz de aterrorizar



¿Qué es esto traidor? Envaina de nuevo tu espada

a un monstruo; parecía algo así como un terremoto,—dice Antonio.—Sin duda que era una manada de leones rugiendo de hambre.

—¿Tú también lo oíste, Gonzalo?—pregunta el rey.

—A fe mía, señor, que oí un sordo ruido, algo muy extraño y raro que me despertó. Yo quedé sobresaltado, señor, y os sacudí para que despertaseis y eché á gritar: al abrir los ojos, vi sus armas; cierto que se oyó tal ruido, que corrimos serio peligro. Estemos, pues, a la mira, ó mejor, abandonemos este sitio: desenvainemos la espada.

—Ea, pues, vámonos de aquí;—dice el rey. Vamos de nuevo en busca de mi pobre hijo.

—¡Guárdele Dios de tan feroces bestias!—exclama Gonzalo;—pues tengo por cierto que está en esta isla.

—Vamos en su busca,—repite Alonso.

—Próspero, mi señor, sabrá lo que he hecho—dice Ariel, mientras Alonso y sus compañeros se ponen en camino.—¡Ve, oh rey, ve en busca de tu hijo; que no dejarás de hallarle!...

EL HIJO DEL REY

Próspero, deseando llevar adelante sus planes, mostrábase duro y severo con el joven príncipe de Nápoles e impúsole una pesada tarea, que fué recoger una porción de leños que allí había, y apilarlos. Hízolo así Fernando, y aunque tan duro trabajo le venía muy cuesta arriba, sufríalo todo con paciencia y sumisión por el amor que profesaba a Miranda, y le suavizaba no poco su trabajo el ver cuán afligida se hallaba la hermosa joven al ver la fatiga de su amante.

—¡Gallardo mancebo, no trabajéis tanto!—decíale Miranda al verle cargado con un enorme leño.—¿Por qué no ha de caer un rayo y reducir a cenizas todos esos leños? Ea, dejadlos y descansad; mi padre está ocupado ahora en sus estudios, y es seguro que no vendrá hasta de aquí a tres horas: descansad pues.

—¡Ah, querida joven!—replica Fernando;—es tan larga la tarea que se me ha impuesto, que, aun trabajando sin descansar, apenas podré terminarla antes de la puesta del sol.

—Si queréis sentaros—dice Miranda,—llevaré yo entre-

tanto los leños a su sitio; dádmelos que cuidaré de apilarlos.

—Eso no, señora mía; primero se romperán mis nervios y mi espalda cederá, que yo consienta que os ocupéis en tan vil trabajo, estando yo ocioso.

—No me estaría peor a mí que os está a vos,—replica Miranda;—es más, yo lo haría aún mejor porque mi corazón me invita a ello, mientras que el vuestro lo repugna. Paréceme que estáis cansado.

—No, amable joven; a vuestro lado las tinieblas mismas de la noche me parecen claro día,—replica Fernando.—Ahora bien, necesito saber vuestro nombre para citarlo en mis plegarias; ¿cómo os llamáis?

—Miranda.

—¡Encantadora Miranda!..—exclama Fernando—¡nombre el más dulce del mundo! Muchas son las mujeres que he visto y tratado, y en muchas de ellas he hallado buenas cualidades, pero ninguna he visto hasta ahora libre de defectos; vos, sin embargo ¡oh amable joven! sois la única perfecta e intachable criatura que salió de manos del Criador.

—Yo no conozco otra mujer en el mundo—dice ingenuamente Miranda.—No he visto otra cara de mujer que la que veo cuando me miro en el espejo; y de estos que se llaman hombres, no he visto tampoco en mi vida mas que a vos, mi querido amigo, y a mi padre. No sé a qué deben parecerse los hombres, pero, a decir verdad, no quisiera tener en la vida otro compañero que vos, ni concibo que haya en el mundo otro hombre cuyo semblante me sea tan agradable como el vuestro. Pero ¡ay! ¡que me parece que charlo demasiado y que olvido los preceptos y máximas de mi padre!..

—Pues yo, Miranda, por mi calidad, soy príncipe,—dice Fernado,—y a la hora de ésta creo que ya soy rey (¡ojalá no fuera así!). ¡Esto decía suponiendo que su padre había perecido en el naufragio!—Si no fuese por vos—continúa,—no soportaría ni por un momento más esta esclavitud; pero desde que mis ojos os vieron, mi corazón quedó cautivo y rendido a vuestro servicio; sólo por vos me conformo con llevar a cuestas estos leños.

—¿Es que me amáis?

—Por los cielos y la tierra; os amo, os aprecio y os adoro sobre cuanto se puede amar una cosa en este mundo.

Inúndanse de lágrimas los ojos de Miranda al oir tales palabras, y murmura:

—¡Pero qué loca soy de llorar por lo que tanta alegría me causa!

—¿Por qué lloráis?—pregúntale Fernando.

—Porque soy indigna de ofrecer el amor que quisiera daros—responde Miranda,—y menos digna aun de aceptar aquello, que, de no tenerlo, me causará la muerte. Si vos me queréis por esposa, desde luego soy vuestra; de lo contrario, moriré doncella. Podréis renunciar á tenerme por compañera, pero seré vuestra sierva, que queráis que no.

—¡No será asi!—exclama Fernando postrándose a sus pies; —reina mía, yo seré siempre vuestro esclavo.

—Mi marido, ¿no es así?

—Sí y con un corazón tan ansioso como lo está el del esclavo, por recobrar su libertad; tomad mi mano—dícele Fernando.

—Y vos la mía, y con ella mi corazón. Adiós pues..., hasta dentro de media hora.

—¡Que me parecerán mil!—exclama Fernando, y se despiden.

Oyendo había estado Próspero desde su habitación el diálogo de la enamorada pareja, y con no menor fruición que ellos al ver lo bien que le salían sus planes. Pero tenía aún mucho que hacer antes de cenar, y así volvió a sus libros.

MÚSICA MISTERIOSA

Mientras Antonio y Sebastián habían estado trazando su plan para dar muerte al rey de Nápoles, otra bandada de malvados estaba maquinando para hacer daño al señor de aquella isla. Al llegar Próspero a ella, habíala encontrado habitada por un pequeño y repugnante monstruo llamado Calíbano, hijo de una perversa bruja, que se había refugiado allí huyendo desterrada de su propio país. Esta bruja, por nombre Stícorax, tenía por siervo al retozón silfo Ariel, a quien había encarcelado en el hendido tronco de un pino en castigo de no haber

querido cumplir unas perversas órdenes que le dió. Ariel vivió en este estado de pena y tormento por espacio de doce años, durante los cuales murió Stícorax, quedando Calíbano por único habitante de la isla.

Lo primero que hizo Próspero al llegar a la isla fué dar li-



¡Os amo, os aprecio y os adoro sobre cuanto se puede amar en este mundo!

bertad a Ariel y lo tomó a su servicio: en cuanto a Calíbano, intentó primero amansar su salvajismo con blandura y buenos tratos, pero todo fué inútil. Calíbano odiaba el bien por naturaleza y pagó mal por bien, correspondiendo con malicia y malas obras a las dignaciones de Próspero. Convencióse finalmente Próspero de que los medios de suavidad no habían de tener resultado ninguno favorable y que el único sistema para tener a raya a Calíbano era tratarle con gran severidad. Por esto Calíbano odiaba a su amo y esperaba la ocasión de vengarse de él.

Entre los náufragos que escaparon de la muerte en el desastre de las naves del rey, había dos truhanes de mala ralea, Trínculo, el bufón y un sumiller llamado Esteban, bebedor

empedernido. Hallándolos un día Calíbano casualmente, ofrecióse para ser su criado, creyendo poder así sustraerse a la férula de Próspero: ofrecióles además conducirlos a donde Próspero estaba durmiendo y en donde podrían fácilmente darle muerte: convínose también, que Esteban se casaría con Miranda y con esto vendría á ser el soberano de la isla: Calíbano sería su criado.

En estos tratos andaban cuando Ariel se presentó invisible en medio de ellos; oyó por sí mismo sus maquinaciones y entretúvose en intercalar de vez en cuando muletillas en la conversación de aquéllos, sin que se diesen cuenta de dónde venía la voz y originando entre ellos disputas y reyertas, pues todos creían que era uno de ellos que quería burlarse de los demás. De pronto púsose Ariel a tocar una misteriosa música con su flauta y tambor, lo cual alarmó grandemente a Esteban y Trínculo, pero Calíbano les sosegó diciendo, que la isla estaba llena de ruidos y dulces sonidos que más bien recreaban y a los que no había que tener miedo.

—¡Cuántas veces—dice,—llega á mis oídos una harmonía como de millares de instrumentos y algunas veces acompañada de suavísimas voces que, al despertar yo de un largo sueño, me invitan a dormir de nuevo, y entonces, en delicioso ensueño, me parece ver cómo se rasgan las nubes y empiezan a llover sobre mí riquezas sin cuento, de tal manera que al despertar, quisiera seguir durmiendo para gozar de tal satisfacción!

—Este sí que será para mí un gran país, pues sin costarme ningún dinero tendré siempre música,—observa Esteban el sumiller beodo.

—No hay duda, pero para ello hay que quitar de en medio a Próspero—replica Calíbano.

—Esto podemos hacerlo en seguida—dice Esteban.

—Me parece que la música se aleja; ea sigámosla—dice Trínculo,—después realizaremos la hazaña.

—Anda, monstruo; pasa adelante—dice Esteban a Calíbano:—quisiera ver a este tamborilero que tan bien toca.

De esta manera, con su misteriosa música sedujo Ariel a aquellos tres malvados: ellos se entusiasmaron tanto, que empezaron a danzar y brincar por entre la maleza, las espinosas

retamas y los cortantes tojos que desgarraban la piel de sus piernas, y finalmente los condujo a una pestilente laguna de agua encharcada, no lejos de la vivienda de Próspero.

. . . .

Entretanto Alonso, rey de Nápoles y sus compañeros andaban vagando por la isla tristes y descorazonados, de tal manera, que el pobre anciano Gonzalo se rindió, no pudiendo seguir adelante.

—Verdaderamente no puedo reprocharte de perezoso,—dícele Alonso,—pues yo mismo estoy abatido: el cansancio y la tristeza nos vencen. Sentémonos, pues, y descansemos; es inútil que corramos la isla en busca de mi hijo; ya no hay esperanza de encontrarle; el mar lo sorbió en su seno y ahora se mofa de nosotros al ver nuestra obstinación en buscarlo en tierra.

El traidor Antonio holgábase de ver que el rey había perdido toda esperanza de hallar á su hijo, y así indicó a Sebastián la conveniencia de no abandonar el plan que habían trazado de darle muerte, aunque no había tenido resultado de primero.

—Aprovechemos la primera ocasión que se presente—murmuró Sebastián al oído a Antonio.

—Esto será esta noche—dijo Antonio,—pues ahora que están cansados de tanto andar, no estarán tan alerta ni tan dispiertos como si estuviesen descansados.

—Sí, esta noche—respondió Sebastián;—ni una palabra más.

En aquel momento oyóse una rara y solemne música.

—¿Qué harmonías son éstas?—dijo el rey;—escuchad amigos míos.

—¡Suavísima música!—exclamó Gonzalo.

Entonces, sin ser visto de ninguno de ellos, evocó Próspero, con sus artes mágicas unas extrañas y grotescas figuras que traían una mesa preparada: pusiéronse a danzar alrededor de ella, haciendo ceremoniosas reverencias al rey y a sus compañeros, luego les invitaron a comer y desaparecieron.

—¡Cielos, dadnos buenos defensores!..—exclamó asombrado el rey;—pero éstos... ¿quiénes eran?

—¡Pardiez! que si eso contara yo en Nápoles, no me iban

a creer, aunque lo jurara,—repuso Gonzalo.—Esos deben de ser moradores de esta isla, y a fe mía que, aunque de extraña figura, es su porte más fino y distinguido que el de muchos de nuestros semejantes.

—Habláis como un libro, honorable señor—dijo Próspero aparte,—pues entre vosotros los hay peores que demonios.

—Desaparecieron como por encanto...—dijo Francisco.

—No importa—repuso Sebastián,—si dejaron aquí la comida a nuestra disposición. ¿Querrá Su Majestad probarla?

—No,—dijo Alonso.

—A fe mía, que no hay preligro ninguno—exclama Gonzalo.

—Bueno, si es así, voy a probarlo—dijo el rey,—aunque tenga que ser éste el último bocado que entre en mi boca. Y vos, hermano mío, señor duque de Milán, vos haréis otro tanto.

En aquel instante rasgó los aires el rayo y oyóse el estampido del trueno. Ariel, en forma de horrorosa ave de rapiña, cernióse sobre ellos y sacudiendo sus siniestras alas encima de la mesa, desapareció súbitamente la comida, y dirigiéndose a Alonso, Sebastián y Antonio, los increpó diciendo:

—Vosotros sois tres malvados, a quienes el destino ha arrojado a esta isla porque sois indignos de vivir entre hombres.

Encolerizáronse al oir esto y echaron mano á las espadas, pero Ariel se burlaba de ellos, diciendo:

—¡Estúpidos! ¿ignoráis, acaso, que yo y mis compañeros somos ministros del destino? Mejor uso haréis de vuestras espadas hiriendo el aire o golpeando el agua, pues ni aun a una pluma de mis alas podréis tocar con ellas. Si pudiesen hacerme daño vuestras espadas, os faltaría fuerza para manejarlas y no podríais ni siquiera levantarlas. No olvidéis, pues esto es la causa de que yo tenga que entenderme con vosotros, que vosotros tres fuisteis quienes suplantasteis al bueno de Próspero, duque de Milán, y lo arrojasteis junto con su inocente hija, poniéndolos á merced de las olas del Océano, el cual se venga ahora en vosotros. Los poderes del cielo aplazaron, es verdad, el castigo de acción tan perversa, pero no la olvidaron, y he aquí que han excitado la cólera del mar y armado a todos los elementos contra vosotros. A ti, Alonso, te han despojado de tu hijo, y ahora por mi boca te anuncian

que serás víctima de una ruina lenta, peor que la misma muerte, en esta desierta isla, si no te arrepientes sinceramente de tu crimen y no enmiendas tu vida.

Desapareció Ariel entre el estampido del trueno, y a la suave música sucedió una turba de extrañas figuras que con danzas grotescas y burlones visajes, se llevaron la mesa en la que se había servido el banquete.

—Muy bien, querido Ariel—dícele aparte Próspero, mientras el rey de Nápoles y sus compañeros se miran con ojos de espanto.—Mis sortilegios producen su efecto (añade), y estos enemigos míos están aturdidos. Ahora ya los tengo en mis manos y aquí los dejo, mientras voy a ver al joven Fernando (á quien ellos creen ahogado), y a su amada, que es mi hija y mi tesoro.

—Por Dios, señor, ¿por qué miráis con estos ojos tan asombrados?—pregunta Gonzalo al rey.

—¡Ah, Gonzalo!—responde Alonso víctima de los remordimientos de su conciencia;—esto es monstruoso, horrorosamente monstruoso. Parecióme oir en el rugido de las olas, en el fragor del viento y en el retumbar del trueno el nombre de «Próspero» y que todas esas fuerzas de la naturaleza me reprochaban la iniquidad de mi acción. Por esto pereció mi hijo, y mi suerte será morir sumergido en el fondo del océano.

Dicho esto, apartóse precipitadamente, seguido de Sebastián y Antonio.

—Los tres están desesperados—decía Gonzalo,—su gran crimen, como veneno que iba minando su naturaleza, empieza ahora á hacer sentir sus desastrosos efectos, corroyendo sus entrañas.—Creedme, (añadió, dirigiéndose a los individuos de la servidumbre), seguidles cautelosamente, sin perderlos de vista y apartadlos de los excesos a que su locura pudiese arrastrarlos.

EL MAR, AUNQUE AMENAZA, ES COMPASIVO

La pesada tarea que impusiera Próspero al príncipe de Nápoles no podía durar largo tiempo, y cuando el hechicero comprendió que aquellas dos tiernas criaturas se amaban sin-

ceramente, decidió no poner ya más trabas a su libertad, ni ser óbice a la mutua expansión de su afecto. Queriendo festejarles y darles al mismo tiempo una prueba de su mágico poder, requirió a una pléyade de buenos espíritus (Iris, Ceres, Juno, algunas ninfas marinas y varios segadores) a que cantasen dulces cantares en su presencia y ejecutasen alegres danzas.

Pero acercábase el momento del atentado de Calíbano. Próspero despidió a los espíritus y empezó a preparar el castigo de los conspiradores. Habiendo enviado a Fernando y Miranda a su vivienda con orden de aguardarle en ella, encargó a Ariel que trajese algunas piezas de ropa vistosas y que las colgase de una cuerda, a guisa de señuelo para cazar a aquellos facinerosos.

El recurso dió magnífico resultado. Pronto aparecieron Calíbano, Esteban y Trínculo, todos chorreando, puesto que salían de la laguna en la cual se metieron atraídos por la seductora música de Ariel.

—Andad sigilosamente y con cuidado, que el ruido de vuestras pisadas no sea oído ni siquiera por los ciegos topos que tienen sus madrigueras debajo de los terrones—díjoles Calíbano;—ya estamos cerca de su vivienda.

—¡Oh mi rey Esteban!, ¡oh gran Par!, ¡oh excelentísimo señor Esteban!, ¡qué copioso guardarropa tendréis!—exclama Trínculo, agarrándose a las piezas de ropa que cuelgan de la cuerda.

—Deja eso y no seas loco; mira que no vale la pena—replica Calíbano.

—Deja esta bata, Trínculo—dice Esteban, tan codicioso como aquél;—¡por mi brazo, que para mí la quiero!

—De vuestra merced será—responde Trínculo en tono de sumisión.

—¿Para qué perdéis el tiempo en estas bagatelas?—incrépales Calíbano.—Démosle primero muerte; ¡guay de nosotros, si despierta Próspero!

—¡Silencio, monstruo ignorante—replica ásperamente Esteban;—y juntamente con Trínculo va apoderándose de las vistosas piezas de ropa que maliciosamente había colocado allí Ariel.—Ahora, monstruo, quédate con el resto.

—No quiero tomar nada—replica Calíbano:—estamos per-

diendo un tiempo precioso, y si llegamos a caer en manos de Próspero, nos convertirá en patos ó en monos.

—Ea, estúpido, ayúdanos á llevar todo esto; de lo contrario, te arrojo de mi reino; toma, carga con esto—dícele Esteban.

—Y con esto otro,—añade Trínculo,—y cargaron al pobre Calíbano con todo aquel menguado botín.

De repente oyóse un ruido como de una jauría: un ejército de espíritus en forma de sabuesos azuzados por Próspero y Ariel, cerraron sobre aquellos malvados.

—¡Ha!.. Montaña... ¡a ellos!..

—¡Ha Furia!, ¡ha Plata!, ¡ha Tyrano!, ¡cázalo!..

Al oir esto Calíbano, Esteban y Trínculo ponen pies en polvorosa. Entonces dice Próspero a Ariel.

—Ea, démosles caza hasta acabar con ellos: ya tengo a mis enemigos en mi poder: pronto se terminarán mis trabajos, y entonces quedarás tú libre como el aire: sígueme un poco más y no me abandones. Ahora dime, ¿qué es del rey y de los de su séquito?

—Igual que cuando los dejamos; todos prisioneros, señor, en aquel vivero que protege vuestra vivienda; no pueden moverse de allí hasta que no vayáis vos a sacarlos. El rey, su hermano y el vuestro han perdido el uso de la razón, y los señores de su séquito lamentan su desgracia, especialmente aquel a quien vos llamáis «el bueno y anciano señor Gonzalo». Vuestros sortilegios los dejaron tan aplastados, que si los vierais ahora, os quebrantarían el corazón.

—¿Esto crees, trasgo?

—El mío quebrantarían si fuera yo mortal, capaz de sentimiento.

—No será menos sensible el mío,—dice Próspero;—y puesto que están arrepentidos y he conseguido lo que me propuse, voy a libertarlos; voy a romper las cadenas de mis sortilegios, les devolveré el sentido y serán de nuevo dueños de sí mismos.

—Voy pues en busca de ellos,—dice Ariel.—Y partió gozoso a cumplir el encargo de su señor.

Ya solo Próspero, renunció solemnemente a todas las artes mágicas, de que había por tanto tiempo hecho uso y declaró

que, terminado el último sortilegio que iba entonces a poner en práctica, haría pedazos su vara mágica y echaría su libro en el fondo del mar.

No tardó en volver Ariel, acompañado de Alonso, Sebastián, Antonio, y todo el séquito de cortesanos: al llegar entraron todos, sin sentirlo, en la esfera del sortilegio que les tenía preparado Próspero y quedaron inmóviles, como si fuesen de piedra.

—Quedad aquí; ya estáis bajo la influencia del hechizo, —díceles Próspero.—¡Oh buen Gonzalo, defensor mío y leal servidor de tu amo; voy a recompensarte ahora de palabra y con los hechos! Y a ti, Alonso, aunque tan indignamente te portaste conmigo y con mi hija, cometiendo una mala acción con la ayuda de tu hermano (el cual ya ha expiado su crimen); a pesar de todo te perdono: tú, Antonio, hermano mío, que tan mal te portaste, quedas también perdonado.

Mientras Próspero hablaba, el rey y sus acompañantes fueron poco a poco recobrando los sentidos, pero no reconocieron a Próspero porque iba aún vestido con las ropas de mago.

—Ve a la gruta—dice a Ariel,—y tráeme el sombrero y el espadín, que quiero despojarme de estos vestidos y aparecer como cuando era duque de Milán. Ea, trasgo, vuela; que tu libertad se acerca.

Cumplió gozoso Ariel la orden de su señor, y mientras le ayudaba á vestirse, entonó esta alegre canción:

Yo libo cual la abeja;
Las flores son mi nido,
En él duermo y despierto,
En él vivo tranquilo,
Sin que me atemorice
Ningún siniestro grito.
Cabalgo en el murciélago
Y cruzo el cielo empíreo
Dando, rïente, caza
Al fugitivo estío.
Y en tanto, alegremente
Entre las flores vivo,
Mecido en sus guirnaldas
Y en ellas escondido.

Ordénale entonces Próspero que vaya al barco del rey y que le traiga á su presencia al capitán y al contramaestre.

El pobre anciano Gonzalo estaba grandemente confundido y turbado por tantas y tan extrañas cosas como habían sucedido. «¡Quiera el cielo, exclamaba, que podamos salir de esta isla, que parece ser la isla del terror!...»

—¡Oh Rey!—dice entonces el mago, dirigiéndose al rey de Nápoles,—mírame; yo soy Próspero, el ultrajado duque de Milán. Para asegurarte que el que te habla es un príncipe de carne y hueso, te estrecho entre mis brazos, y a ti y a cuantos contigo vinieron os deseo cordialmente una feliz llegada a esta tierra.

—Pero ¿qué veo?... ¿acaso eres Próspero o un fantasma venido del otro mundo para atormentarme?... ¡Difícil cosa pardiez! —exclama el rey cortado por la emoción.—Tu pulso late como el de cualquier mortal, y desde que te vi, siento por momentos calmarse mi delirio. ¡Ah! desde luego te restituyo el ducado que en mala hora usurpé, e imploro perdón por mi crimen. Pero... ¿cómo puede ser que Próspero viva y se halle aquí?

—Sed bienvenidos, amigos míos—exclama Próspero dirigiéndose a la comitiva.—En cuanto a vosotros (añade señalando al pérfido Sebastián y al duque Antonio), muy bien podría yo, si me pasase por el capricho, haceros incurrir en las amenazas de su Alteza y revelar vuestra abortada traición; pero no quiero en estos momentos perjudicar a nadie descubriéndole.

—El mismísimo Lucifer habla por su boca...,—masculla Sebastián, remordiéndole aún la conciencia de su crimen.

—No;—replica tranquilamente Próspero.—A ti, hombre perverso, (dice, volviéndose hacia su hermano el duque Antonio), te perdono todos tus crímenes, pero exijo que me devuelvas el ducado: naturalmente no tendrás más remedio que devolvérmelo.

—Si sois en realidad Próspero—exclama el rey de Nápoles,—contadnos la manera cómo llegasteis aquí sano y salvo y cómo se explica que nos hallemos aquí reunidos. Tres horas, nada más, hace que naufragamos en estas aguas en donde perdí ¡ay amargo recuerdo! a mi hijo querido, Fernando...

—¡Lo reconozco y me asocio a vuestro dolor!—dice Próspero.

—Es verdaderamente una pérdida irreparable y un tan

amargo infortunio, que ni aun la resignación puede hacerlo llevadero.

—¿Para qué habláis de resignación cuando no la conocéis sino de nombre y ni siquiera habéis acudido á solicitar su ayuda—repuso Próspero;—yo sí que he sentido su eficacia en una pérdida semejante, y ahora vivo tranquilo y resignado con mi suerte.

—¿Qué decís?... ¿una pérdida semejante?...—pregunta el rey.

—Para mí, tan sensible como la vuestra; yo he perdido mi hija.

—¿Vuestra hija?...—exclama Alonso.—¡Qué lástima que no sobrevivan ambos! ¡qué buena pareja para ceñir en sus sienes la corona de Nápoles! Pero decidme, ¿cómo habéis perdido vuestra hija?

—En esa última tempestad—responde Próspero, esforzándose en contener la risa.—Pero, ¿a qué hablar de desgracias? alegrémonos más bien de nuestro inesperado encuentro, y ya que habéis venido hasta el umbral de esta cueva, que es mi corte, por cierto sin gran lujo de criados y servidumbre; voy á obsequiaros como merecéis, y puesto caso que me restituís el ducado, yo os mostraré, en cambio, algo tan precioso como él, si ya no es una verdadera maravilla, la cual os satisfará tanto como a mí la restitución del ducado.

Dicho esto, alzó la cortina que tapaba la entrada de la cueva, y divisáronse Fernando y Miranda, entretenidos jugando una partida de ajedrez.

—Amor mío—decíale Miranda,—no hagas fullerías.

—No, amada mía, no las haré por nada del mundo—respondía Fernando.

—¡Ah! si es ésta una visión de las que se ofrecen en esta isla—murmura el rey de Nápoles,—conformaríame desde luego en perder por segunda vez a mi hijo querido.

—¡Oh maravilla inexplicable!—exclama Sebastián.

«Las olas es verdad que amenazan, pero son también compasivas—», dice Fernando al divisar a su padre.

Y levantándose de su asiento póstrase á sus pies.

—¡Que te colme el cielo de todas las bendiciones de un

amante padre!—exclama Alfonso, loco de alegría al reconocer á su hijo.

Entretanto Miranda no cesaba de contemplar atónita a todos aquellos extraños visitantes, y en su inocencia y entusiasmo no pudo menos de exclamar:

—¡Qué hermoso debe de ser el mundo (desconocido para mí) que tiene tales moradores!

—Y ¿quién es esta joven?—preguntó Alonso a su hijo;—¿es alguna divinidad?

—Nada de esto, señor—respondió Fernando:—es mortal y mía; la tomé por esposa al creer que ya no tenía yo padre en este mundo. Es hija del famoso duque de Milán, cuyo nombre habréis oído tantas veces ensalzar.

Al oir esto el rey de Nápoles dió su bendición a la joven pareja, y el anciano Gonzalo contestó con un afectuoso «Amén.»

En aquel mismo momento llegó Ariel, acompañado del capitán de la fragata real y del contramaestre. Absortos quedaron e inundados de gozo al ver al rey y a sus compañeros. Manifestáronles que el barco se hallaba intacto y sin faltarle pieza alguna de su equipo, ni más ni menos que al hacerse a la vela.

—Señor—murmuró Ariel al oído de Próspero;—todo esto lo hice en un periquete, desde que me separé de vos. ¿No es verdad que me he portado como un hombre?

—A las mil maravillas, diablillo,—respondióle Próspero—y sábete que en recompensa recobrarás pronto la libertad.

Dicho esto ordenóle que fuese a romper el hechizo que tenía atados de pies y manos a Calíbano y sus cómplices. Transcurridos, pues, algunos minutos, volvió Ariel encorriendo a los tres compañeros que iban vestidos con las ropas que robaran de la cuerda. Llegados que fueron a presencia de Próspero y sus huéspedes, exclamó aquél:

—Fijaos, señores, en esos tres personajes: los tres me han robado, y este hijo de hechicera (dijo, señalando á Calíbano), ha conspirado contra mi vida, con esos dos, á quienes es fuerza que reconozcáis como vuestros. En cuanto a este hijo de las tinieblas, confieso que me pertenece.

—¡Tate! pero si ese es Esteban, el borrachín de mi sumiller—dijo el rey de Nápoles.

—Ea, Esteban, ¿qué haces aquí?—preguntóle Sebastián en tono de burla.

—Lo menos que habías pretendido, bribón, era hacerte rey de la isla, ¿eh?—díjole Próspero.

—Menguado rey iba yo a ser—respondió Esteban,—aplastado aún por el escarmiento que acababa de sufrir con sus compañeros de glorias y fatigas.

—Y ¡qué criatura más rara!...—exclamó Alonso al fijarse en Calíbano;—verdaderamente no he visto esperpento mayor en mi vida.

—Y cuenta—repuso Próspero,—que sus costumbres son aún más repugnantes que su persona.—¡Quítate de mi presencia y ocúltate en la cueva, bribón de marca, (dijo increpando a Calíbano); llévate allá a tus compinches, y si quieres alcanzar perdón, ten buen cuidado de adornarla convenientemente.

—Sí; voy a hacerlo—dijo Calíbano.—En adelante seré juicioso y haré todo lo posible para portarme bien. Peor que un burro de reata fuí al ponerme á las órdenes de este borracho.

Y diciendo y haciendo, salió junto con sus seides de la presencia de Próspero, teniéndose por satisfecho de haber salido tan bien librado de su aventura.

Entonces Próspero invitó al rey de Nápoles y a los demás huéspedes, a entrar en la gruta y descansar allí aquella noche: transcurrida la cual, habían de hacerse juntos a la vela con rumbo a Nápoles con objeto de celebrar la boda del príncipe Fernando con Miranda, y desde allí marchar Próspero a su ducado de Milán.

Quedábale empero una orden que dar a Ariel; por lo cual, tomándole aparte le dijo:—A tu cuidado dejo la prosperidad del viaje; procura que el barco del rey navegue viento en popa y llegue pronto al puerto; Ariel, hijo mío, éste es tu cometido: después, vuelve á tu elemento, sé libre como el aire; ¡adiós!
